

**Plática del cardenal Josef Ratzinger
Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la fe,
a los schoenstattianos reunidos en Roma
con motivo del centenario del nacimiento del P. José Kentenich**

Roma, Santa María Mayor, 18 de Septiembre de 1985

Queridos hermanos y hermanas:

Ustedes se han congregado aquí, junto a sus hermanos y hermanas que están reunidos en un total de 22 iglesias de Roma, durante este año en que la Familia de Schoenstatt festeja el centenario del nacimiento de su Fundador, para renovar la alianza de amor con María, alianza que los ha constituido y mantiene. Con esta alianza, ustedes se incorporan a una historia que comenzó hace ya 70 años, el 18 de octubre de 1914, cuando José Kentenich tomó la decisión fundamental de su vida al sellar una alianza de amor con la Madre del Señor. Se decidió, por lo tanto, a configurar y vivir su vida en el futuro, no para sí mismo ni por sí mismo; no para buscarse y realizarse simplemente a sí mismo, sino que, a partir de ese momento, decidió vivir su vida en una relación, en una unión y vinculación, en una comunión, y a configurar su vida dejándose modelar, prestando atención, escuchando, dispuesto a recibir siempre de nuevo.

Por otra parte, tal unión, tal alianza no era para él una alianza entre hombres de este mundo, no era una vida según las propias fuerzas de este mundo, sino que significaba abrirse a la amplitud de lo eterno; abrirse a ese otro mundo que, por la alianza, deja de ser otro porque él mismo nos hace diferentes, nos hace uno en él. El P. Kentenich selló la Alianza con María, la Madre del Señor, para llegar a ser Iglesia con ella que es la Iglesia en persona, la que dio su sí total y puro a la voluntad de Dios.

Esto ocurrió el otoño del año 1914, en la época en que la furia de la Primera Guerra Mundial se había desatado; en una hora en que, según dijo el Ministro de Relaciones Exteriores de Gran Bretaña: "Las estrellas han dejado de brillar sobre Europa". Ese fue el tiempo en que las alianzas, las ligas de la destrucción se enfrentaban con toda su maquinaria bélica y, unos contra otros, desataron su poder para que, al final, cada uno tomara todo el poder en sus manos. Esas alianzas de poder demostraron ser alianzas

destructoras. En esto consistía su poder, en poder destruir. Ellas pasaron y fueron reemplazadas por otras alianzas que se enfrentaron con amenazas aun mucho más terribles.

En medio de esa confrontación mutua de los poderosos, tuvo lugar ese suceso, la alianza de amor que selló José Kentenich; oculta, aparentemente insignificante; un acto privado que nada podía cambiar el modo en que el mundo comenzaba a destruirse. Pero, precisamente, de esa alianza brotó algo vivo, pues el poder de los poderosos -como ya lo he dicho- tiene por sobre todo una fuerza destructora. Sin embargo, el unirse en comunión de amor posee fuerza para dar vida. Y así, ante el despliegue de las fuerzas del mundo, fue esa alianza, aparentemente insignificante, la más resistente y poderosa. De ella salió algo vivo: una familia de Jesucristo que va más allá de las fronteras de aquellos que, por aquel entonces, se amenazaban mutuamente; una familia internacional que extiende una red de amor, una red de bondad por sobre las fronteras que, incluso hoy, todavía nos separan; una fuerza de la que mana vida, transformación y esperanza.

"Alianza de amor con María". Esta expresión contiene en sí misma una de las palabras claves de las Sagradas Escrituras: la palabra *alianza* que encierra en sí toda la esperanza de la cristiandad, pues asegura que nosotros no hemos sido abandonados en el mundo, a las fuerzas y poderes desconocidos que, finalmente, no podemos comprender ni podemos dominar, sino que estamos en Aquél que tiene todo en sus manos, que nos conoce y ama y que ha iniciado una comunicación con nosotros. Por eso podemos sellar alianza con él, porque él, en primer lugar, se acercó a nosotros y nos ama. La alianza de amor que ustedes renuevan hoy, como seguidores del P. Kentenich, no es otra cosa que apropiarse personalmente del gran acontecimiento de la alianza de la historia de la salvación, de la que nos hablan los maravillosos mosaicos de esta iglesia, la iglesia mariana más hermosa del mundo. Es apropiarse de esa Alianza, en la que se adentra ahora cada uno de ustedes, de tal manera que ella llegue a ser *su* propia alianza y así lleguen a ser uno con Aquella que es la Iglesia en persona. Pues Dios no selló esa alianza sólo con su Hijo; la selló con la Esposa, con la Madre. Y todos nosotros podemos tener parte en esa alianza si nos mantenemos unánimes, unidos e identificados con ella. Así se ha respondido ya a la pregunta que se plantea a menudo. *Alianza*, es decir, alianza de la Santísima Trinidad con nosotros a través Jesucristo Mediador, quien nos ha comunicado el amor trinitario. Y si esto es así, ¿para qué necesitamos entonces a María? ¿Por qué una nueva mediación si Dios ya se ha unido a

nosotros? La respuesta a esto que estamos planteándonos nos la da otra vez el mismo Señor, en el Evangelio que hemos escuchado hoy: El Crucificado dice a su Madre en las últimas palabras que él regala a esta tierra: "Mujer, ahí tienes a tu hijo"; y después al discípulo: "He ahí a tu Madre". Estas palabras son el acto de fundación de la Iglesia, o digamos, una de las principales descripciones del acto con que Jesús fundó la Iglesia y selló una alianza con ella. Aquí se hace visible lo que significa Iglesia y cómo es eso de que Dios sella alianza, la nueva Alianza con nosotros.

Esto sucede, en primer lugar, en la medida que él sigue exigiendo nueva y fuertemente el sí de María. En primer lugar, ese sí fue el sí a ese Hijo que Dios le quería regalar y a esa voluntad de Dios que la impulsaba misteriosamente hacia lo incomprensible y grande. Pero, en la hora de la cruz, en la hora de Jesucristo, ese sí debía ser nuevamente pronunciado y alcanzó una dimensión mucho más profunda. Es un sí al nuevo hijo, al otro hijo que, por ella, debe llegar a ser su mismo hijo. Es un sí a todos los hijos e hijas a lo largo de la historia. Es un sí a ser requerida por él a lo largo de toda la historia. En este sí de María, que se extiende a toda la historia, descansa la Iglesia. Y al revés: la Iglesia es fundada por el Señor al regalar a su Madre a los discípulos. En este acontecimiento nace la Iglesia. El nos da una Madre, *su* Madre. Desde ese momento, recién entendemos lo que es ser Iglesia. La Iglesia no es un aparato, un sinnúmero de burocracias, de cargos, de una organización cualquiera. La Iglesia significa que somos familia de Jesucristo y que, de esa manera, estamos llamados a una comunidad de amor con él. Significa que tenemos a su Madre como nuestra Madre y por eso somos hermanos suyos. Significa que, así como un niño es formado por su madre, así nosotros somos formados y modelados por ella para llegar a ser la Iglesia mariana, la Iglesia única, Esposa del Cordero.

La lectura nos repite lo mismo usando otra imagen. Nos habla de la Ciudad nueva, de la Jerusalén santa que, a la vez, un poco ininteligible para nosotros, es la Esposa. En esa idea de la nueva Jerusalén, expresó Israel su sueño del mundo verdadero. Porque la ciudad era el prototipo de cobijamiento, comunicación, comunidad, riqueza, abundancia y, así, de libertad. Y, sobre todo, a esa ciudad que regala todo esto, que acaba con toda soledad, que supera toda necesidad, correspondía el honor de que en ella no sólo habitaran hombres, sino que el mismo Dios habitara en ella. Pues sólo donde él habita puede realizarse todo esto. Nosotros ya sabemos que las ciudades humanas, muy por el contrario, son a menudo

lugares de una inmensa soledad, de una inmensa necesidad e intranquilidad y de falta de libertad, porque Dios no habita en ellas. Todo esto nos ayuda a comprender por qué la Biblia puede intercambiar, fundir las imágenes de Esposa y Ciudad. Una ciudad recién es una verdadera ciudad cuando Dios habita en ella. Pero Dios no vive entre piedras. Dios no vive en casas terrenales. La única morada que es digna de él, que es suficientemente grande para él, es el corazón del hombre. Sólo el hombre puede ser en verdad un templo.

María llegó a ser verdaderamente aquello que la ciudad de Jerusalén nunca pudo ser: la puerta abierta para Dios a este mundo, el albergue en que él habita; la novia que se ha adornado para él; la esposa que es totalmente hermosa para él, que brilla para él; la novia que lo llama con amor y que lo deja vivir en ella. En una persona así, en la que habita Dios, nacen verdaderamente la confianza, el cobijamiento, la comunicación. Ella es lo que podemos llamar la Ciudad nueva.

Así, esta alianza de amor nos llama a construir esa ciudad nueva unidos a María, congregándonos en torno a ella como la familia de Jesucristo, con aquella confianza familiar que recibe su seguridad última sabiendo que Dios está en su cercanía.

Las 22 iglesias en que ustedes están reunidos hoy, y las otras muchas del mundo entero en que está sucediendo lo mismo, serán parte de esa Ciudad nueva en la medida que esa alianza sea realidad. Será realidad mientras seamos, con María, morada de Dios en este mundo. Seremos morada pronunciando también nosotros su sí y, por lo mismo, seremos el lugar donde realmente se despliega la confianza y el amor que transforman el mundo.

Queremos pedir al Señor que él nos regale el poder decir plenamente ese sí; que él nos regale la gracia de llegar a ser nosotros mismos Iglesia con María, con ella que es la Iglesia en persona. En este espíritu queremos realizar ahora la renovación de nuestra alianza de amor.